

dada la cual anuncióse como el campeón de don Enrique.

Este golpe inesperado, y que pocos en la corte sabían, hizo todo el efecto que el lector puede imaginar, reflexionando como reflexionaron los presentes que iba á presentarse un caso singular en semejantes combates. La mujer acusadora por una parte, y el marido campeón del acusado por otra. Elvira, al recibir tan terrible golpe, se precipitó á los pies del trono exclamando:—¡Santo Dios! ¡Rey justiciero, no lo permitirás, señor!...

Era tarde ya, empero, para deshacer lo hecho, y el faraute impuso silencio á la acusadora, con duro gesto y ademán, separándola del trono.

Requirióse, entonces, á Elvira de que presentase su campeón, y á este requerimiento se sucedió el más profundo silencio. Léase en los ojos de Elvira la ansiedad con que esperaba el fin de aquella ceremonia. En aquel momento hubiera dado su existencia porque no comparciese el doncel. Temblaba á cada ruido que se oía; todo era para ella preferible al espantoso espectáculo de ver pelear por su causa á su esposo y á su amante.

Por último, vino á sacarla de su mortal angustia el tercer requerimiento del faraute.

Apenas había acabado éste de pronunciarle, cuando prosternándose Elvira y elevando al cielo las manos y los ojos:—Nadie,—exclamó con loca alegría,—nadie. ¡Yo os doy gracias, Dios mío! Señor,—continuó dirigiéndose al rey,—no tengo campeón; soy, pues, calumniadora; ¡la muerte presto; la muerte!

—Señor,—se adelantó á decir el canciller al rey, que se levantaba para decidir en tan arduo caso,—debo hacer presente á tu Alteza que antes de declarar infame al doncel tu favorito, es

fuerza esperarle en el palenque todo el día de hoy; si entonces no compareciere, á pesar de los pregones que habrán de repetirse en ese tiempo tres veces, la acusadora será ejecutada.

—Ya lo oís, señora,—continuó Su Alteza;—dentro de una hora concurrirá la corte al sitio del combate.

Una nube de tristeza profundísima enturbió la frente pálida de Elvira, que quedó sumergida en el silencio de la desesperación. Don Enrique de Villena triunfaba, y una mal reprimida sonrisa se dibujaba en sus labios. Hernán Pérez de Vadillo parecía desesperado de no tener contrario, y de la inopinada tardanza.

—Señora,—dijo don Luis de Guzmán, que veía con despecho triunfar á su enemigo, llegando al oído de la infeliz acusadora;—si mi brazo puede seros útil, ved que diera mil vidas por ser el acusador.

—¡Ah! señor,—repuso Elvira dirigiendo al caballero una mirada de agradecimiento, dejad morir á una desdichada.—Levantó entonces los ojos al cielo, y añadió para sí con dolorosa expresión:—¡Él ha muerto también! ¡Y mi esposo me desprecia!—Bajó en seguida los ojos, y dos farautes, notando el pequeñísimo diálogo que quisiera prolongar don Luis Guzmán, la separaron, advirtiéndole á éste que la ley prevenía toda incomunicación con la acusadora.

Bajó entretanto Su Alteza del trono, y preparóse la corte á asistir al sitio del combate, donde debía esperarse el campeón de Elvira.

Don Luis Guzmán vió salir á todos con despecho reconcentrado. Su silencio y su gesto manifestaban cuánto destrozaba su alma impetuosa el próximo triunfo que esperaba á su rival, y que él había tratado en vano de impedir con su intempestiva y no aceptada generosidad.



CAPÍTULO TRIGESIMOCTAVO

Traidor sois, Payo Rodríguez,
El mayor que ser podía.
Yo vos faré conocer
Ser verdad lo que decía.
Entraré con vos en lid
Y en ella vos vencería.

—Mentides, Rui Paez Viedma,
Pai Rodríguez respondía,
Por eso sois vos reptado,
No yo que nada debía.
Diéronse luego sus gajes,
Y en el campo entrado habían.
Procuran de se matar;
Muy cruel batalla habían.

Sepúlveda, rom.

—¿Pararemos aquí, si os parece?—decía, deteniendo su mula á la puerta de la hospedería de Andújar, un hombre de quien ya hemos dado una pequeña muestra en la cena á oscuras que describimos en capítulos anteriores.

—Como gustéis,—repuso su compañero de viaje, á quien sólo por su muletilla favorita habían conocido ya nuestros lectores.

—¡Ah, de la hospedería! ¡Buena gente!

—¿Quién es la buena gente?—replicó una voz agria y descompasada, semejante al desapacible chirrido de una chicharra, la cual salía del endeble cuerpo de una vieja malhumorada que acababa de asomarse á una fenestra.—No hay posada.

—Como gustéis,—replicó, apeándose, Nuño;—pero reparad, buena Beatriz, que somos, es decir, que soy vuestro compadre el de Arjonilla...

—¡Si digo que está llena la casa! no hay posada, compadre,—tornó á decir la vieja.

—Como gustéis, Beatriz; pero ved que no la pido para mí, sino para esta mi bestia, que es como sabéis la niña de mis ojos; no hay mula mejor en la comarca: miradla despacio; es compra que le hice al prior del convento de Arjonilla; miradla, y compadeceos y hacedla un lugar en la cuadra.

—Os digo,—replicó la vieja,—que como no queráis meterla conmigo en mi camaranchón, no hay dónde. Y no os canséis. Nuño,—concluyó la vieja; cerró, después, de golpe la ventana, y se

alejó con un gruñido prolongado, como se aleja tronando la tempestad.

—¡Buenas noches!—dijo soltando una cargada el compañero de viaje de Nuño.

—¡Maldita vieja!—dijo Nuño.—¡Cuerpo de Cristo!

—Vaya, Nuño, no os desesperéis. Está visto que ha venido media Andalucía á la fama del juicio de Dios que se celebra por la prueba del combate en este pueblo, que Dios bendiga.

—¿Y qué hacemos, señor montero? ¿Os parece que nos recibirá en su audiencia el señor justicia mayor, con mulas y todo?

—Paréceme que no; pero pudieran quedar las bestias con el mozo en las afueras del pueblo.

—Como gustéis,—repuso el buen Nuño.

Apeáronse nuestros viajeros, y dejadas las caballerías al mozo, dirigiéronse hacia el palacio donde se hallaba la corte hospedada.

—He aquí lo que digo,—iba refunfuñando el montero.—Dad el pie, y os tomarán la mano. Ofrecíme á hacer un servicio á Peransurez, y exigióme ciento. ¿No era bastante andar un día entero tras unos hábitos viejos de nuestro padre San Francisco, que no fué poca fortuna encontrar, merced á las muchas liebres que regala uno al padre sacristán? No, sino veníos después con letras para el señor justicia mayor de no sé qué dueña ó qué doncella encantada... ¡Voto va! ¡Muchacho!—añadió el montero deteniendo á uno que corría hacia la plaza del

pueblo.—¿nos daréis razón del señor justicia mayor?

—¡Ah señor! en mala hora venís,—repuso el muchacho;—ya no dejan pasar los archeros y ballesteros hacia palacio; la corte va á salir al palenque... ¿no veis cómo corre todo el mundo? Si venís á ver el duelo, mejor haréis en llegaros á la plaza. Acaso podréis acercaros al señor justicia mayor, que ha de estar allí,—dijo el muchacho, y siguió corriendo. Agrupábase la gente cada vez más por todas partes, y bien vieron nuestros viajeros que no les quedaba más recurso que seguir el consejo del muchacho.

—¡Ea! vamos,—dijo Nuño;—si allí le podemos dar alcance, sea en buen hora; si no, tenga Peransurez paciencia, y acabada la fiesta haréis su comisión. ¿Ha de correr tanta prisa?

—Mucho me dijo que urgía, pero á la buena de Dios. El hombre propone...

—Y Dios dispone,—concluyó el buen Nuño. —Siguiéron en seguida el curso de la gente, y no tardaron en llegar á la plaza.

Habíase construído un palenque de ochenta pasos de ancho y de cuarenta de largo: en una extremidad un cadalso se había levantado, ricamente entapizado de paños negros; en él debían sentarse los jueces del campo. Hacia el medio de uno de los lados un balconcillo de madera, forrado de paño color de grana bordado de oro, debía servir para el rey y su comitiva. Al uno y otro lado del palenque dos garitas, semejantes á las que se construyen en el día para los centinelas, estaban destinadas para dos hombres, que debían dar desde ellas lanzas y armas nuevas á los combatientes, en el caso de romper las suyas en los primeros encuentros, sin acabarse el duelo.

Alrededor del palenque, y donde habían dejado lugar para ello las bocacalles, habían arrimado los habitantes carros y carretas para ver más cómodamente el tremendo combate. Coronaba ya la concurrencia los puntos más altos de la plaza, y empujábanse las gentes unas á otras en los más bajos para alcanzar puesto, cuando llegaron Nuño y su compañero.

—¿Habéis oído decir por qué es el duelo?—preguntaban unos.

—Sí,—respondían otros.—El nigromante de don Enrique de Villena, que hechizó á su mujer, es acusado por ello.

—Bien hecho; no, sino que nos hechicen cada y cuando quieran esas gentes que tienen pacto con el diablo.

—Callad, maldicientes,—gritaba una vieja.—¿Qué sabéis vosotros de lo que decís? No la hechizó, sino que la condesa desapareció, y aseguran que fué muerta por unos bribones pagados, á causa de unos amores, lo cual se supo porque noches antes le habían dado una serenata...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! mirad la madre Susana con lo que nos viene,—exclamaba otro.—Matóla su marido, sí señor, y hay quien sabe el porqué. ¿Hubiera, si no, una dama tan discreta y hermosa como la señora Elvira, muy amiga por cierto de la condesa y que estaba en sus secretos, cometido la ligereza de?...

—Eso no, ¡pesía mí! maese Pedro,—interrumpió un mozalbete mal encarado;—que no ha menester una mujer muchos motivos para cometer una ligereza!

—¡Calle el deslenguado!—gritaba una doncella bien apuesta y ataviada para el combate como para una función;—¿qué sabe él lo que son mujeres? Deje crecer sus barbas y hable de tirar piedrás.

—En hora buena,—replicó el mozo;—pero lo que yo digo es que el combate no se verificará...

—¿No, eh?

—No señor; porque el campeón de la acusadora no parece.

—Sí, parecerá,—repuso un recién llegado.—En alguna redoma.

—¡Oh! y qué bien decís, ¡voto á tal! hay quien asegura que entre el judío... Maldiga Dios á los judíos.

—Amén.

—Amén.

—Amén.

—Pues sí; hay quien dice que entre el judío y el de Villena han echado un conjuro al señor doncel, aquel caballero tan cumplido, y le tienen en una redoma más larga que la cigüeña de la torre, donde ha menester cuarenta días para convertirse luego en un cuervo, como el rey Artús.

—¡Otra tenemos!—gritó soltando la cargada un petimetre incrédulo de aquel tiempo.

—¡Buena está la invención de la redoma! El hecho de verdad es que ese caballero tan cumplido andaba enredado en amores con la dama acusadora; hálos sorprendido el marido, y...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios nos perdone, y qué cosas oye uno á los barbilampiños de estos tiempos!—exclamó una dueña quintañona, hincando el codo para pasar, y mirando con ojos

zainos á un mancebito que parecía más reservado que el que tenía la palabra.—¡He aquí por tierra en un instante el honor de una dueña!

—Vaya, madre, no se enfade,—repuso el que había recibido la repasata,—y cuide de su honra, sin andar enderezando la de nadie, que todos habemos menester...

—¿Qué irá á decir el desvergonzado?—interrumpió toda azorada y encendida la quisquillosa mojjigata.

—¡Ea! ¡eal!—dijo Nuño;—dejen esas cuestiones, y miren á los trompeteros que se entran ya en el palenque. Seor montero, veníos hacia acá,—continuó,—y veamos de dar vuelta á la plaza, por si podemos llegar á dar esas letras que traéis al señor justicia mayor.

Acababan de entrar, efectivamente, en el palenque dos trompeteros anunciando con fúnebre sonido el principio de la ceremonia del combate. Venían detrás de las trompetas un rey de armas y dos farautes. Seguían ministriles con instrumentos músicos, y varios ministros del justicia mayor: dos notarios para testimoniar y dar fe de lo que acaeciese; los dos jueces del campo elegidos por Su Alteza, que fueron el muy buen condestable don Rui López Dávalos y el juicioso y entendido en armas y letras don Pedro López de Ayala. Detrás el justicia mayor Diego López de Stúñiga, vestido como los demás de gala y ceremonia, cerraba la comitiva. Subió toda al cadalso revestido de paño negro, en el cual se colocó según la preeminencia de puestos debida al empleo de cada uno, y á ella se agregaron dos perseverantes. Entró en seguida en su balconcillo, ó mirador, Su Alteza, acompañado de su físico Abenzarsal, del arzobispo de Toledo, de su confesor fray Juan Enriquez, y de varias dignidades de palacio que á semejantes oficios debían seguirle.

Proveyeron los jueces la liza de gente de armas que asegurase el campo, y fueron treinta buenos escuderos, con más ballesteros y piqueiros, de los cuales colocáronse unos en ala bajo el balconcillo de Su Alteza, y otros en varios puntos extremos de la liza.

Entró en seguida un eclesiástico, y dirigiéndose hácia el extremo enfrente de los jueces, donde habían hecho levantar éstos un altar con preciosas reliquias y ricos ornamentos, y en el cual debía celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Enfrente del balconcillo de Su Alteza habíanse levantado, bastante apartados entre sí, dos pequeños cadalsos de tablazón revestidos

de paños negros bordados de oro; hasta el uno entró, conducida y custodiada por cuatro archeros, una mujer joven cubierta de un velo negro que la tapaba toda: ocultaba su blanca espalda y torneada garganta su cabellera, brillante como el ébano. No era ya aquella perfecta hermosura fresca y lozana que había deslumbrado tantas veces á la corte toda de don Enrique el Doliente. Su rostro pálido y prolongado por la continua aflicción, sus ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro, su frente mancillada por la adusta mano del dolor, su mano descarnada y trémula, su paso vacilante y sus ardientes lágrimas; manifestaban cuán grande era su pesar. Seguía al lado, vestido de gala, el pajecillo Jaime, que de ver llorar á su prima lloraba también, y que la dirigía de cuando en cuando palabras de consuelo, de las cuales no eran contestadas unas, y otras ni siquiera oídas.

Hasta el otro cadalso ó tablado entró el ilustre conde de Cangas y Tineo, ricamente vestido, alta la cabeza y arrogante el paso. Llevaba rico jubón de raso negro columbino, calzas justas, un bohemio de paño negro guarnecido del mismo color, manga larga y angosta, con capilla de buitrón; una jaqueta de raja recamada de oro le cubría apenas el jubón; cinto tachonado de que pendía una rica limosnera; zapatos de seda negros, abiertos y acuchillados: un camisón riquísimo de holanda, labrado, le volvía sobre el pecho y hombros, y un riquísimo collar de piedras y oro, de que pendía un San Miguel de este precioso metal, deslumbraba en su pecho al lado de la cruz roja de Calatrava. El manto de la orden encima completaba su magnífico arreo.

Precedíanle farautes suyos, su estandarte con el escudo de sus armas, y la caldera de ríco-home, y le seguían escuderos, donceles, pajes, caballeros y gentiles homes de su casa, vasallos suyos, vestidos todos de ceremonia y paz como su señor.

Un alto crucifijo de plata reflejaba los rayos del sol á igual distancia de uno y otro cadalso, enfrente mismo del balconcillo de Su Alteza, y detrás de él se veía sentado sobre un banco, contiguo ya al palenque, un hombre vestido con un capotón de seda encarnado y cubierta la cabeza de una gorra de lo mismo. Un tajo, á su lado, y una afilada cuchilla declaraban aún á los que más de lejos le veían, que era Mateo Sánchez, verdugo de Su Alteza, pronto á ejecutar á aquel de los dos que quedase por el